

creyó ver alejarse exteriormente del cristal el rostro de un hombre.

Frunció el ceño, y, cosa extraña la misma impresión pareció reflejarse en el semblante de la joven.

Volvióse entonces del lado de ésta y bajó las dos manos que había tenido alzadas constantemente sobre su cabeza; las volvió á subir de un modo suave, volviéndolas á bajar, y continuó durante algunos segundos dirigiendo á la joven aniquiladoras columnas de electricidad.

— ¡Dormid! dijo.

Y como ella se resistiese aun al encanto:

— ¡Dormid! repitió él con acento de dominación.
¡Dormid! yo lo quiero.

Desde entonces todo cedió á su poderosa voluntad. Andrea apoyó el codo sobre el clave, y la cabeza sobre la mano y se durmió.

En seguida Bálsamo se retiró andando hacia atrás, tiró de la puerta tras sí, y pudo oírsele subir la escalera de madera y volver á su habitación.

Al punto que se cerró la puerta del salón, volvió á presentarse detrás de los cristales la figura que había creído entrever Bálsamo.

Esta era la de Gilberto.

VII

Atracción

Excluido Gilberto del salón por la inferioridad de su posición en el castillo de Taverney, no había perdido de vista en toda la noche á los personajes cuyo rango les permitió figurar en él.

Durante toda la cena había visto á Bálsamo reír y gesticular. Había notado la atención con que le honraba Andrea, la afabilidad singular del barón para con él, y la oficiosidad de La Brie. Más tarde, cuando se levantaron de la mesa, se había ocultado en un bosquecillo de lilas, temiendo que le viese Nicole al cerrar las ventanas ó al retirarse á su cuarto, y le perturbase en su investigación, ó más bien espionaje.

Nicole había en efecto practicado su ronda; pero tuvo que dejar abierto uno de los postigos del salón, cuyas visagras, medio arrancadas, no permitían á las contraventanas girar sobre sus goznes.

Gilberto conocía bien esta circunstancia, y así no había, como hemos visto, dejado su puesto, porque estaba seguro de continuar sus observaciones, luego que Legay se hubiese marchado.

Sus observaciones hemos dicho, y esta palabra parecerá acaso muy vaga al lector. Porque ¿qué observaciones podía hacer? ¿no conocía el castillo de Taverney en todas sus partes, puesto que había sido criado en él, y lo mismo y en todas sus faces á las personas

que lo habitaban, supuesto que las veía diariamente hacía 17 ó 18 años ?

Ciertamente, y por eso el designio de Gilberto no era el de observar ; no sólo espiaba sino que aguardaba.

Cuando Nicole salió del salón dejando en él á Andrea, y después de haber cerrado lenta y negligentemente puertas y ventanas, y de haber paseado por el parterre cual si aguardase á alguno, después de haber dirigido á todas partes miradas furtivas, y después de haber hecho, en fin, lo mismo que Gilberto acababa é iba á ejecutar nuevamente, decidióse al fin á retirarse y subió á su habitación.

Gilberto, como es fácil comprender, inmóvil y medio encorvado, sujeto al tronco de un árbol y respirando apenas, no había perdido ni un movimiento ni un gesto de Nicole; y fuese que ésta desapareció y que vio iluminadas las ventanas de las bohardillas, atravesó sobre las puntas de los pies el espacio que le separaba de la ventana, y acurrucóse allí á la sombra, esperando, sin saber él mismo lo que esperaba, y devorando con su vista á Andrea, sentada negligentemente á su clave.

En este momento entró José Bálsamo en el salón.

Estremecióse Gilberto al verle, y su ardiente mirada se concentró sobre los dos personajes de la escena que acabamos de contar.

Parecióle que Bálsamo cumplimentaba á Andrea por su habilidad, y que ella le correspondía con su frialdad habitual; que él insistía sonriéndose, y que ella suspendía su estudio para responder y despedir á su huésped.

Admiró la gracia con que éste se retiraba, y nada absolutamente había comprendido de toda la escena que había creído comprender, porque la realidad de esta escena era el silencio.

Gilberto no había podido oír cosa alguna, viendo sólo agitar los brazos y moverse los labios; ¿ y cómo, por muy buen observador que fuese, había de hallar misterio en lo que tan natural era en la apariencia ?

Luego que se retiró Bálsamo, quedó Gilberto no ya observando sino contemplando á Andrea, tan bella en su negligente posición; pero bien pronto echó de ver que estaba dormida. Permaneció todavía algunos minutos en la misma actitud, para asegurarse bien de que su inmovilidad era efecto del sueño, y luego que estuvo bien convencido, levantóse sujetándose la cabeza con ambas manos, como quien teme que estalle su cerebro bajo la multitud de pensamientos que le asaltan, y luego, en un momento de voluntad, que parecía un arranque de furor :

— ¡ Oh ! su mano, dijo, acercar solamente mis labios á su mano. ¡ Vamos, Gilberto, vamos, yo lo quiero !.....

Y dicho esto, lanzóse, como obedeciéndose á sí propio, en la antesala, y tocó á la puerta del salón que se abrió sin ruido para él, como lo había hecho para Bálsamo.

Mas apenas estuvo abierta la puerta, apenas se encontró delante de la joven sin que nada los separase, comprendió toda la importancia de lo que iba á ejecutar; él, Gilberto, el hijo de un labrador y de una aldeana; él, joven tímido cuando no respetuoso, que apenas desde el fondo de su oscuridad había osado alzar los ojos á la altiva y desdenosa joven, iba á tocar con sus labios el ribete del vestido ó las puntas de los dedos de aquella majestad dormida, y que podía, al despertarse, aterrarlo con su mirada. Á este pensamiento se disiparon todos los vapores de embriaguez que habían trastornado su cerebro y extraviado su espíritu. Detúvose apoyado en el umbral de la puerta,

porque le temblaban tanto las rodillas, que le pareció iba á caerse.

Pero era tan profunda la meditación ó el sueño de Andrea (pues aun no sabía bien Gilberto si dormía ó meditaba), que no hizo el menor movimiento, aun cuando hubiera podido oír los latidos del corazón de Gilberto, que en vano procuraba éste comprimir en su pecho; permaneció un momento de pie y palpitante, pero la joven no se movió.

Estaba tan bella de aquel modo, apoyada blandamente en su mano, con sus hermosos cabellos sin polvos esparcidos por su cuello y espaldas, que no pudo menos de despertar su llama adormecida, pero no apagada por el terror. Acometióle un nuevo vértigo, semejante á una locura embriagadora, como una necesidad devorante de tocar algo que la tocase á ella, y avanzó un paso.

Crujió el piso bajo su mal seguro pie, á cuyo ruido corrió un sudor frío por la frente del joven, pero Andrea no dió señal de haberlo percibido.

— ¡Duerme! ¡qué felicidad! exclamó Gilberto, ¡está durmiendo!

Pero detúvose de nuevo al cabo de otros tres pasos, pues le asustaba una cosa, y era el brillo no común de la lámpara que, próxima á apagarse, despedía aquellos postreros y trémulos rayos que preceden á las tinieblas.

Por lo demás, ni el menor ruido, ni una respiración se percibía en toda la casa, habiéndose acostado sin duda y acaso dormido el viejo La Brie. También estaba apagada la luz de Nicole.

— Vamos, dijo.

Y se adelantó nuevamente.

¡Cosa extraña! El piso volvió á crujir, y tampoco se conmovió Andrea.

Tan extraño sueño admiró y casi asustó á Gilberto.

— Duerme, repitió con aquella movilidad de pensamiento que en un minuto hace cambiar veinte veces la resolución de un amante, ó de un cobarde. Cobarde es el que no es dueño de su corazón. ¡Dios mío! ¡Dios mío! duerme.

Pero avanzando siempre Gilberto en medio de estas febriles alternativas de temor y de esperanzas, se halló á dos pasos de Andrea. Entonces fué como una magia. Colocado ya en el círculo de atracción de que la joven era el centro, le hubiera sido imposible huir aunque hubiera querido, y sintiéndose ligado, encadenado, vencido, se dejó caer de rodillas.

Andrea permaneció inmóvil, muda como una estatua.

Cogió Gilberto con las dos manos la orilla de su vestido y lo besó.

En seguida levantó la cabeza lentamente, sin aliento, con un movimiento igual, y sus ojos buscaron los de Andrea, que estaban abiertos cuan grandes eran: sin embargo, Andrea no veía.

Gilberto no sabía qué pensar, y estaba confundido por la sorpresa. Ocurrióle un momento la terrible idea de que estaba muerta, y para asegurarse, cogióle la mano que estaba caliente y cuyo pulso latía suavemente. Pero quedó inmóvil la mano de Andrea en la de Gilberto. Entonces creyó éste, embriagado sin duda por tan deliciosa presión, que Andrea veía y sentía, y que había adivinado su insensato amor; creyó, ¡pobre y ciego corazón! que esperaba su visita, que su silencio era un consentimiento y su inmovilidad un favor.

Entonces levantó la mano de Andrea hasta sus labios, é imprimió en ella un prolongado y febril beso.

Estremecióse Andrea repentinamente, y sintió Gilberto que ella le rechazaba.

— ¡Ah! soy perdido, murmuró abandonando la

mano de la joven y tocando el suelo con su frente.

Levantóse Andrea, como si un resorte la hubiese puesto en pie: sus ojos no se bajaron hacia el suelo, en donde yacía Gilberto, medio anonadado por la vergüenza y el terror, y hasta sin fuerza para implorar un perdón con que no contaba.

Pero Andrea, con la cabeza alta y el cuello extendido, como si fuese atraída por una fuerza secreta hacia un objeto invisible, rozó al pasar la espalda de Gilberto, y pasó de él, dirigiéndose á la puerta con un andar forzado y penoso.

Viéndola Gilberto alejarse, alzóse sobre una de sus manos, volvióse lentamente y la siguió con un mirar espantado.

Andrea continuó marchando hacia la puerta, abrióla, pasó la antesala, y llegó al pie de la escalera.

Gilberto, pálido y temblando, la siguió andando de rodillas.

— ¡ Oh ! pensó para sí, tanta es su indignación que ni aun se ha dignado hacer alto en mí; irá á buscar al barón y á contarle mi vergonzosa locura, y van á despedirme como á un lacayo.

Trastornóse la cabeza del joven con la idea de que dejaría á Taverney, que cesaría de ver á la que era su luz, su vida, su alma, y la desesperación le dió valor, se puso de pie y se lanzó hacia Andrea.

— ¡ Perdón, señorita, en nombre del cielo ! ¡ perdón ! murmuró.

Andrea parecía no haber oído, y pasó adelante sin entrar en la habitación de su padre.

Gilberto respiró.

Pisó Andrea el primer peldaño de la escalera, luego el segundo.....

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! murmuró Gilberto, ¿ adónde irá ? esta escalera no conduce más que á la

sala roja que habita el extranjero y á la bohardilla de La Brie. Si buscase á La Brie le hubiera llamado, hubiera tirado de la campanilla. Irá pues... ¡ Oh, es imposible ! ¡ imposible !

Y Gilberto crispaba los puños de rabia, con sólo la idea de que Andrea pudiese ir á la habitación de Bál-samo.

Paróse ella á la puerta del extranjero.

Un sudor frío corría por la frente de Gilberto, que tuvo que apoyarse en el pasamano de la escalera para no caer, pues había continuado siguiendo á Andrea, y tan monstruoso le parecía cuanto veía y cuanto creía adivinar.

La puerta de Bál-samo estaba entreabierta, y Andrea la empujó sin llamar. La luz que salía por ella iluminó sus facciones tan nobles como puras, y reflejó un torrente de oro en sus grandes y abiertos ojos.

Gilberto alcanzó á entrever en medio de la sala al extranjero, en pie, con la vista fija, la frente plegada y la mano extendida en ademán de mando, y en seguida cerróse la puerta.

Sintió Gilberto agotarse sus fuerzas. Una de sus manos soltó la baranda, la otra se dirigió á su abrasada frente; giró sobre sí mismo como una rueda escapada del eje, y cayó aturdido sobre la fría piedra del primer escalón, fija siempre la vista en aquella maldita puerta por la que acababan de sumergirse todos sus sueños pasados, toda su dicha presente y toda su esperanza para el porvenir.

Bál-samo se puso delante de la joven que había entrado en su habitación sin separarse de la línea recta, y con un paso tan seguro como la estatua del Comendador.

Por más extraña que fuese esta aparición para otro

cualquiera, no pareció, sin embargo, sorprender á Bálamo.

— Os he mandado dormir, dijo; ¿ dormís ?

Andrea lanzó un suspiro, pero no respondió.

Acercóse Bálamo á la joven y la cargó de mayor cantidad de fluido.

La joven se estremeció.

— ¿ Habéis oído lo que he dicho ? preguntó el extranjero.

Andrea hizo seña de que sí.

— ¿ Entonces, porqué no habláis ?

Andrea se llevó la mano á la garganta, como para expresar que las palabras no podían abrirse paso.

— Bien : sentaos aquí, dijo Bálamo ; y cogiéndola de la misma mano que Gilberto acababa de besar sin que ella lo percibiese, este solo contacto le produjo el mismo estremecimiento que la hemos visto ya experimentar cuando el poderoso fluido le era comunicado de arriba poco antes.

Conducida la joven por Bálamo, dió tres pasos hacia atrás y se sentó en un sillón.

— ¿ Ahora, le dijo, veis ?

Dilatáronse los ojos de Andrea como si hubiera querido abarcar todos los rayos luminosos esparcidos en la habitación por las divergentes de las dos bujías.

— No os digo que veáis con los ojos, continuó Bálamo, ved con el corazón.

Y sacando de debajo de su vestido una varita de acero, apoyó la extremidad sobre el pecho palpitante de la joven.

Ésta hizo un movimiento como si un dardo inflamado le hubiese atravesado la carne y llegado hasta el corazón.

— ¿ Ah ! muy bien, dijo Bálamo, comenzáis á ver, ¿ no es así ?

— Sí, respondió Andrea ; pero al mismo tiempo se llevó la mano á la frente con un gesto de indecible malestar.

— ¿ Qué tenéis ?

— ¡ Oh, sufro !

— ¿ Por qué sufrís ?

— Porque me forzáis á ver y hablar.

Bálamo llevó dos ó tres veces las manos por encima de la frente de Andrea y pareció quitar una porción de fluido próxima á hacerla estallar.

— ¿ Sufrís todavía ? le preguntó.

— Menos, respondió la joven.

— Bien ; entonces mirad dónde estáis.

Los ojos de Andrea permanecieron cerrados ; pero su rostro se puso sombrío y pareció expresar el más vivo asombro.

— En la sala roja, murmuró.

— ¿ Con quién ?

— Con vos, dijo estremeciéndose.

— ¿ Qué tenéis ?

— Miedo, vergüenza.

— ¿ De qué ? ¿ No estamos unidos simpáticamente ?

— Sí, en verdad.

— ¿ No sabéis que os he hecho venir con puras intenciones ?

— ¡ Ah ! sí, verdad es, dijo.

— ¿ Y que os respeto como á una hermana ?

— Sí, lo sé.

Y su semblante se tranquilizó, alterándose luego nuevamente.

— ¿ No me lo decís todo ? continuó Bálamo. ¿ No me perdonáis enteramente ?

— Es que veo que, si no me queréis mal, acaso queréis á otros.

— Es posible, murmuró Bálamo, pero no os ocupéis de eso, añadió en tono de mando.

Andrea recobró su semblante habitual.

— ¿Duermen todos los de casa?

— Yo no sé, contestó ella.

— ¡Pues mirad!

— ¿Hacia dónde queréis que mire?

— Veamos. Del lado de vuestro padre. ¿Dónde está?

— Está acostado.

— ¿Duerme?

— No, está leyendo.

— ¿Qué lee?

— Uno de esos libros malos que siempre quiere que yo lea.

— ¿Y que vos leáis?

El aspecto de Andrea expresó un soberano desdén.

— No, contestó.

— Bien. Estamos tranquilos por esta parte. Mirad á Nicole en su cuarto.

— No hay luz en su habitación.

— ¿Necesitáis luz para ver?

— No, si vos lo queréis.

— Ved, pues, yo lo quiero.

— ¡Ah! ya la veo.

— ¿Y bien?

— Está medio vestida; empuja suavemente la puerta de su cuarto: baja la escalera.

— Bien. ¿Adónde va?

— Se detiene en la puerta del patio; se oculta detrás de ella; está en acecho, espera.

Bálamo sonrió.

— ¿Sois vos, dijo, á quien espía ó espera?

— No.

— ¡Bien! eso es lo principal. En estando una joven

libre de su padre y de su doncella, nada tiene que temer, á menos que....

— No, dijo ella.

— ¡Hola! ¡hola! ¿respondéis á mi pensamiento?

— Lo veo.

— ¿Según eso no amáis á nadie?

— ¿Yo? dijo desdeñosamente la joven.

— Sí, sin duda; me parece que podíais amar á alguno. No se sale del convento para vivir en reclusión, ¿y no se da libertad al corazón al propio tiempo que al cuerpo?

Andrea sacudió la cabeza.

— Mi corazón está libre, dijo tristemente.

Y era tal la expresión de candor y de modestia que brillaba en su virginal semblante, que Bálamo exclamó radiante de alegría:

— ¡Ah! es una perfecta iluminada.

Y juntó las manos en señal de alegría y como dando gracias al cielo, y se volvió en seguida hacia Andrea.

— Pero, si vos no amáis, sin duda seréis amada.

— Yo no sé, dijo la joven con dulzura.

— ¿Cómo que no sabéis? respondió Bálamo con bastante aspereza. ¡Buscad! cuando yo pregunto es para que se me responda.

Y tocó segunda vez el pecho de la joven con la punta de su varita de acero.

La joven volvió á estremecerse, pero con un dolor visiblemente menos vivo que la primera vez.

— Sí, sí, ya veo, dijo ella; pero mirad más por mí, ó me mataréis.

— ¿Qué veis? preguntó Bálamo.

— ¡Oh! pero es imposible, respondió Andrea.

— ¿Pues qué veis?

— Un joven que desde mi vuelta del convento me

sigue, me espía, no aparta la vista de mí; pero siempre oculto.

— ¿Quién es ese joven?

— No le veo el rostro, y sí sólo el vestido; es un vestido poco menos que el de obrero.

— ¿Dónde está?

— Al fin de la escalera: sufre, llora.

— ¿Por qué no le veis el rostro?

— Porque lo tiene cubierto con las manos.

— Ved el través de las manos.

Andrea pareció hacer un esfuerzo.

— ¡Gilberto! gritó. ¡Oh! bien decía yo que esto era imposible.

— ¿Y por qué imposible?

— Porque no osaría amarme, respondió la joven con un supremo desdén.

Bálsamo sonrió como quien conoce al hombre, y sabe que no hay distancia que no allane el corazón, aunque esta distancia sea un abismo.

— ¿Y qué hace al fin de la escalera?

— Aguardad: separa las manos de la cara: se apoya en el pasamano: se levanta: sube.

— ¿Adónde sube?

— Aquí.

— Es inútil, no se atreverá á entrar.

— ¿Por qué no se atreverá á entrar?

— Porque tiene miedo, dijo Andrea con una sonrisa de desprecio.

— Pero escuchará.

— Sin duda, ya aproxima su oído á la puerta, ya escucha.

— ¿Os desagrada eso?

— Sí, porque puede oír lo que digo.

— ¿Y es capaz de abusar de ello para con vos, á quien ama?

— Sí, en un momento de cólera ó de celos; ¡oh! sí; en uno de esos momentos es capaz de todo.

— Entonces desembaracémonos de él, dijo Bálsamo, y marchó hacia la puerta haciendo ruido.

No había llegado aun sin duda la hora del valor para Gilberto, porque al ruido de los pasos de Bálsamo, y temiendo ser sorprendido, se montó sobre la baranda de la escalera y se deslizó hasta abajo.

Andrea lanzó un ligero grito de espanto.

— Cesad de mirar á ese lado, dijo Bálsamo volviendo á Andrea. Los amores vulgares son cosas de poca importancia. ¿Queréis hablarme del barón de Taverney?

— Yo quiero todo lo que queréis, dijo Andrea dando un suspiro.

— ¿Es muy pobre el barón?

— Muy pobre.

— ¿Tan pobre que no pueda proporcionaros distracción alguna?

— Ninguna.

— ¿Según eso estaréis fastidiada en este castillo?

— Mortalmente.

— ¿Tenéis acaso ambición?

— No.

— ¿Amáis á vuestro padre?

— Sí, dijo la joven, casi dudando.

— Sin embargo, me pareció anoche que alguna nube oscurecía ese amor filial, añadió Bálsamo sonriendo.

— Tengo presente que ha disipado locamente todo el caudal de mi madre: de modo que el pobre Casa-Roja se fastidia en una guarnición, y no puede sostener con dignidad el nombre de nuestra familia.

— ¿Quién es ese Casa-Roja?

— Mi hermano Felipe.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1985 MONTERREY, MEXICO

- ¿ Por qué le llamáis Casa-Roja ?
 — Porque este es el nombre, ó mejor dicho, era el nombre de un castillo nuestro, y el cual llevaban los hijos mayores hasta la muerte de su padre, que tomaban el de Taverney.
 — ¿ Y amáis á vuestro hermano ?
 — ¡ Oh ! sí, mucho.
 — ¿ Más que á nadie ?
 — Más que á nadie.
 — ¿ Y por qué le amáis con esa pasión, amando á vuestro padre tan moderadamente ?
 — Porque tiene un corazón noble y daría su vida por mí.
 — ¿ Mientras que vuestro padre ?...
 Andrea calló.
 — ¿ No me respondéis ?
 — No quiero responder.
 Sin duda no juzgó Bálamo oportuno forzar la voluntad de la joven, y acaso sabía ya del barón cuanto le convenía saber.
 — ¿ En dónde está en este momento el caballero Casa-Roja ?
 — ¿ Me preguntáis dónde está Felipe ?
 — Sí.
 — Está de guarnición en Estrasburgo.
 — ¿ Le veis en este momento ?
 — ¿ Dónde ?
 — En Estrasburgo.
 — No lo veo.
 — ¿ Conocéis la ciudad ?
 — No.
 — Pues yo la conozco; ¿ queréis que busquemos juntos ?
 — Está bien.
 — ¿ Está en el teatro ?

- No.
 — ¿ Está en el café de la plaza con los demás oficiales ?
 — No.
 — ¿ Está en su casa, en su habitación ? Quiero que veáis la habitación de vuestro hermano.
 — Nada veo, y creo que no está en Estrasburgo.
 — ¿ Conocéis el camino ?
 — No.
 — ¡ No importa ! yo lo conozco, sigamos; ¿ está en Saverne ?
 — No.
 — ¿ Está en Sarbruck ?
 — No.
 — ¿ Está en Nancy ?
 — ¡ Esperad, esperad !
 La joven se ensimismó aun más, y su corazón latía en términos que parecía querer romper el pecho.
 — ¡ Ya lo veo, ya lo veo ! dijo con alegría extremada.
 ¡ Oh, amado Felipe ! ¡ qué felicidad !
 — ¿ Qué hay ?
 — ¡ Amado Felipe ! continuó Andrea, cuyos ojos brillaban de alegría.
 — ¿ Dónde está ?
 — Atraviesa á caballo una ciudad que conozco perfectamente.
 — ¿Cuál ?
 — ¡ Nancy, Nancy ! Donde yo he estado en el convento.
 — ¿ Estáis segura de que es él ?
 — ¡ Oh ! sí, las luces que le rodean iluminan su rostro.
 — ¿ Luces ? dijo Bálamo con sorpresa. ¿ Para qué son esas luces ?

— ¡ Está á caballo ! ¡ á caballo ! al lado de una bella carroza toda dorada.

— ¡ Ya, ya ! dijo Bálamo, ¿ y quién hay en la carroza ?

— Una mujer joven. ¡ Oh ! ¡ qué majestuosa ! ¡ qué graciosa ! ¡ qué bella ! ¡ Oh ! esto es extraño, me parece haberla visto otra vez : no, no, me engañaba, es que se parece á Nicole.

— ¿ Se parece Nicole á esa joven tan altiva, tan majestuosa y tan bella ?

— ¡ Sí, sí ! pero como el jazmín se parece al lirio.

— Veamos: ¿ qué sucede en Nancy en este momento ?

— La joven se inclina hacia la portezuela y hace seña á Felipe para que se acerque : obedece, se aproxima, y se quita el sombrero respetuosamente.

— ¿ Podéis oír lo que dicen ?

— Escucharé, dijo Andrea haciendo á Bálamo un gesto cual si hubiera querido que no se hiciese el menor ruido.

— Ya oigo, ya oigo, murmuró.

— ¿ Qué dice la joven ?

— Le ordena con dulce sonrisa haga apresurar el paso de los caballos. Que es preciso que esté dispuesta la escolta al día siguiente á las seis de la mañana, porque quiere detenerse en el camino.

— ¿ Dónde ?

— Esto la pregunta mi hermano. ¡ Oh, Dios mío ! es en Taverny donde quiere detenerse. Quiere ver á mi padre. ¡ Oh ! detenerse en esta pobre casa una tan gran princesa !... ¿ Qué hemos de hacer sin vajilla, casi sin ropa ?.....

— Tranquilizaos, ya proveeremos á eso.

— ¡ Ah ! gracias, gracias !

Y la joven que se había medio levantado, volvió á

caer rendida en su sillón, lanzando un profundo suspiro.

Al punto Bálamo se acercó á ella, y cambiando por medio de pasas magnéticas las corrientes eléctricas, dió la tranquilidad del sueño á aquel hermoso cuerpo que se doblaba quebrantado, y á aquella cabeza atormentada que se inclinaba sobre su pecho palpitante, pareciendo entrar Andrea en un completo y reparador reposo.

— Recobra tus fuerzas, la dijo Bálamo mirándola con un sombrío éxtasis ; que muy pronto necesitaré de toda tu lucidez.

— ¡ Oh ciencia ! continuó con el aspecto de la más creyente exaltación : tú sola no te engañas, y á ti sola debe sacrificarlo todo el hombre. ¡ Dios mío ! muy bella es esta mujer ! ¡ Este ángel es muy puro ! y tú lo sabes, tú, que crias los ángeles y las mujeres. Pero, ¿ qué vale para mí la belleza en este momento ? ¿ Qué vale la inocencia ? Únicamente una mera noticia que solo la belleza y la inocencia pueden darme. Muera la criatura por más bella, por más pura, por más perfecta que sea, con tal que hable su boca. Mueran las delicias del mundo entero, amor, pasión, éxtasis, con tal que yo marché siempre con paso seguro é iluminado. Y al presente, niña, que por el poder de mi voluntad te han dado algunos instantes de sueño tantas fuerzas como si acabaras de dormir veinte años, despierta, ó mejor dicho, abísmate en tu iluminado sueño. Todavía necesito que hables ; pero esta vez hablarás solo para mí.

Y extendiendo Bálamo nuevamente las manos hacia la joven, la obligó á levantarse bajo un soplo omnipotente.

En seguida, cuando la vió preparada y sometida, sacó de la cartera un papel doblado que contenía un

bucle de cabellos negros como el azabache, habiendo transparentado el papel los perfumes que le impregnaban.

Bálsamo colocó el bucle de cabellos en la mano de Andrea.

— Ved, le mandó.

— ¡ Oh ! todavía ! dijo la joven con angustia. ¡ Oh ! no, no, dejadme tranquila ; sufro mucho. ¡ Oh, Dios mío ! ¡ Dios mío ! ahora me hallaba tan bien.

— Ved, repuso Bálsamo colocando implacablemente el extremo de la varita sobre el pecho de la joven.

Andrea se torció las manos, procuró sustraerse á la tiranía del experimentador. Sus labios se llenaron de espuma, como en otro tiempo los de la Pitonisa sentada sobre el sagrado tripode.

— ¡ Oh ! ya veo, ya veo, dijo ella con la desesperación de la voluntad vencida.

— ¿ Qué veis ?

— Una mujer.

— ¡ Ah ! murmuró Bálsamo con una alegría salvaje, no es la ciencia un nombre vano como la virtud. Mesmer ha vencido á Bruto. Veamos, pintadme esa mujer para que yo sepa si habéis visto bien.

— Es morena, alta, ojos azules, cabello negro, y brazos nerviosos.

— ¿ Qué hace ?

— Corre, vuela y parece arrebatada por un caballo magnífico, cubierto de sudor.

— ¿ Hacia dónde va ?

— Por allí, por allí, dijo la joven, señalando al oeste.

— ¿ Por el camino ?

— Sí.

— ¿ De Chalons ?

— Sí.

— Bien está, dijo Bálsamo ; sigue la ruta que debo

yo seguir. Va á París lo mismo que yo ; bueno, la encontraré en París. Ahora, reposad vos, le dijo á Andrea tomándole el bucle que ella no había abandonado.

Los brazos de Andrea cayeron inmóviles á los lados de su cuerpo.

— Volveos ya á vuestro clave.

Andrea dió un paso hacia la puerta ; pero quebrantadas sus rodillas por una extremada fatiga, se negaban á llevarla y se bamboleaba.

— Adquirid fuerza y continuad, añadió Bálsamo envolviéndola en una nueva emisión de fluido.

Andrea hizo como el generoso caballo que se reanima para cumplir la voluntad de su dueño, aun cuando sea injusta.

Empezó á andar.

Bálsamo volvió á abrir su puerta, y Andrea descendió lentamente la escalera.